

Tutela moral, emancipación civil e instrucción pública. Una aproximación al problema de la educación política en el discurso del socialismo español (1901-1932)

Francesc Calvo Ortega

Facultad de Formación del Profesorado. Universidad de Barcelona.

Pg. De la Vall d'Hebron 171. 08035 BARCELONA.

(Recibido Septiembre 1999; aceptado Diciembre 1999).

Biblid (0214-137X (1999) 16; 161-171)

Resumen

Este artículo plantea una *historia de la moral* desde el punto de vista de un análisis del discurso educativo del socialismo español en el cambio de siglo a partir de la propuesta del filósofo francés Michel Foucault como la descripción de la manera en que los individuos son llamados a construirse como sujetos de una conducta moral. También es de forma paralela la historia de los modelos propuestos en la época por la instauración y el desarrollo de las relaciones de uno consigo mismo, por la reflexión del sujeto sobre sí mismo, el conocimiento y el desciframiento de sí por sí mismo y las transformaciones que alguien se busca cumplir sobre uno mismo.

Palabras clave: Moral, educación, socialismo, emancipación, movimiento obrero.

Abstract

The present article presents a *history of moral* from the point of view of the analysis of the educative speech of Spanish socialism in the change of century, and considering French philosopher Michel Foucault's description of the way individuals become subjects with a moral behaviour. Comparably, it is also the study of the history of models proposed in those times by the implementation and development of relationships with oneself, by the reflection of the subject on himself, by the knowledge and finding of oneself by oneself, and the changes searched by an individual trying to fulfil himself.

Key words: Moral, education, socialism, emancipation, working-class movement.

Résumé:

Cet article évoque une histoire de la morale depuis le point de vue d'une analyse du discours éducatif du socialisme espagnol au moment du changement de siècle, à partir d'une proposition du philosophe français Michel Foucault: la description de la manière par laquelle les individus sont appelés à se construire comme des sujets d'une conduite morale. Il s'agit en parallèle de l'histoire des modèles proposés à l'époque par l'instauration et le développement des relations de la personne avec elle-même, par la réflexion du sujet sur lui-même, par la connaissance et le décriptage de soi par soi même et par les transformations que chaqu'un cherche à accomplir sur lui même.

Mots clés: Morale, éducation, socialisme, émancipation, mouvement ouvrier.

Como ya indica J.-L. Guereña (1990, pág. 25), las políticas educativas del XIX español permiten constatar la generalización de un modelo escolar como espacio de formación elemental y profesional. Es decir, la escuela y la instrucción son presentadas, ante todo, como un medio que posibilite el dominio de un oficio en el sentido clásico del término, de estar mejor situado y ser eventualmente más eficaz en el puesto de trabajo, pero nunca como un medio de aprender, nunca como una condición necesaria para el acceso directo al trabajo capitalista: la escuela es un lugar de aculturación, de *integración social*: todavía a principios del siglo XX se piensa que "hay que realizar aquella Educación recomendada por el conde Campomanes, porque *la gran masa* no sea un todo aparte de la generalidad de un pueblo, mejor dicho, de la Nación española" (LABRA: 1917, pág. 62).

Más que al mundo laboral, pues, las consignas a favor de la instrucción pública remiten directamente al catecismo político de los demócratas españoles como el medio de encontrar una dignidad humana que trascienda, sin trastocarla, la sociedad, sus divisiones y jerarquías impuestas para que el individuo pueda sentirse integrado por participar de la cultura y visión del mundo de la burguesía mientras, a la vez, queda profundizada la dominación social (PIQUERAS: 1990, pág. 87):

"Pero si el Pueblo ha de ver satisfechos sus derechos y garantizadas sus libertades que son las libertades de la sociedad entera, es necesario que las conozca; que el instinto que siempre le ha llevado a defender desinteresada y espontáneamente las causas que ha creido justas, se transforme en clara y profunda convicción". "Es indispensable que el pueblo se instruya: la instrucción, es la condición necesaria de su emancipación política, como ésta lo es de su emancipación social". "Sus derechos políticos los han de conquistar

instruyéndose, con sus virtudes, con su unión, con su valor; que no de otro modo podrán alcanzarlos..." (GARRIDO: 1855, pp. 374-381).

Aquí la palabra clave es *emancipación*; de una emancipación extralaboral se trata cuando los obreros van a pensar en una transformación radical de su futuro, mientras van a ponerse en huelga o en actitud defensiva cuando se trate de atenuar la dura jornada de trabajo, de rechazar el impuesto de consumo (fielato) o de reivindicar una mejora en el salario (RALLE: 1989, pp. 168-178). La educación está precisamente para *nutrir* un imaginario social y no en alimentar un mercado de trabajo. También hay que decir que es cierto que en el caso de Barcelona, Madrid, Valencia y la gran mayoría de las grandes capitales de provincia, los trabajadores que integran el mundo del trabajo tradicional, los trabajadores de artes y oficios (toneleros, carpinteros y ebanistas, estampadores de tela, tintoreros, etc.), serán todavía mejores trabajadores con algunos conocimientos técnicos (cf. MONES: 1985 y 1987) pero constituyen, en todo caso, el signo distintivo y la razón de ser de la jerarquía. Los conocimientos sólo son indispensables para determinados oficios; también van a facilitar la creación de talleres de pequeñas industrias por parte de aquellos que pasan por las aulas de una escuela de Artes y Oficios (PEREIRA y SOUSA: 1990, pág. 231). Para las clases populares, en cambio, la educación apunta a una elevación del tono moral e intelectual que la dignifique como parte integrante de la sociedad capitalista.

De ahí, por ejemplo, el excepcional interés de los gobernantes republicanos por afianzar una cultura del libro que incorpore al obrero a la transformación cultural de España y, especialmente, al hombre de pueblo, el campesino, a la ciudad, el polo cultural y laboral por excelencia. Desde este punto de vista, la educación puede ser vista tanto como la

antecámara del trabajo asalariado como un instrumento de urbanización; también la escuela en el campo es un espacio de fijación de la cultura urbana e industrial, ya que en la escuela rural se vierten además de los valores urbanos, los valores del trabajo asalariado. Por ejemplo, y más allá del propio sistema educativo, la biblioteca popular tanto en la provincia como en la capital, es un centro formador y de irradiación de la cultura: para unos, los que viven en el campo y no tienen escuela a donde acudir, y para otros, los que viviendo en la ciudad y teniendo escuela a donde ir están lejos de ella condicionados por las obligaciones laborales. En la biblioteca se recogen todos los fines morales de la enseñanza escolar. Si la escuela se abandona a los nueve o a los doce años, la biblioteca popular le concede al individuo la posibilidad de continuar un aprendizaje que le imprimirá los caracteres precisos de la aculturación, de la civilización, en un contacto exponencial con la cultura burguesa. No es de extrañar, como indica José Carlos Mainer (1988) que la cultura así vehiculada no pase de ser más que una derivación peculiar de la "cultura democrática" no específicamente obrera, que se alimenta ampliamente de las lecturas de la pequeña burguesía(1).

* * *

Un análisis de las clases populares desde el examen de acuerdo a sus expresiones y manifestaciones ideológicas y culturales, así como los elementos asociativos y de sociabilidad que moldean su universo mental y social (cf. LIDA: 1997), nos demuestra que los sectores populares de la sociedad recurrían al imaginario de integración colectiva de "ciudadanía", palabra que invocaba una concepción activa de la función de todos los individuos dentro de la sociedad además de propugnar una igualdad en el que el derecho al trabajo fuera la verdadera fuente de la riqueza y de la propiedad. La emancipación de las clases

populares parecería exigir, como imperativo moral, la adquisición de una nueva conciencia y de una preparación cultural adecuada para regir los destinos de un porvenir propio. Pero no es el objetivo de este trabajo, destacar, al menos, el discurso de acceso de las clases populares a la cultura, esto es, el diseño de un discurso cultural alternativo en el cual se propone y desarrolla la creación de instituciones de educación populares(2). Este discurso invocaría un amplio abanico de actividades educativas recreacionales y organizativas que van desde las escuelas para obreros hasta las asociaciones corales, filarmónicas o dramáticas estructuradas desde el propio seno de las clases populares. Si bien esta forma de autoeducación colectiva desarrollada *por* los integrantes de las clases populares permite distinguir con mayor rigor las escuelas y ateneos de obreros y artesanos organizados por ellos mismos de una educación *para* ellos instrumentada por otros ajenos a su clase (instituciones de beneficencia o eclesiástica, filantrópica o del Estado), nosotros preferimos prestar atención a un elemento que nos parece *común* en las dos formas encontradas de educación que acabamos de citar: el cerco estratégico de una *tutela moral* en la que es puesta la educación popular. Hacemos referencia al proceso educativo como *programador de las conductas morales*.

Nuestra intención en el análisis que vamos a intentar llevar a cabo se centrará en el estudio, dentro del movimiento socialista español, que va de una lucha de los oprimidos contra el orden capitalista a una emancipación tutelada para la consecución de unos comportamientos mejorados en el consenso de las reformas sociales; se trata, pues, de una emancipación que ya no irá encaminada a destruir las condiciones de explotación sino a hacer desarrollar y progresar las capacidades sociales de los trabajadores *dentro* del sistema capitalista. Mediante la educación, cuanto más cultivado esté el espíritu de cada uno, mejor

conocerá sus prerrogativas como ciudadano y sus necesidades sociales, cuanto más racional sea el obrero mejor luchará por sus derechos.

"Desde los primeros momentos del movimiento obrero, se ha procurado infiltrar en el ánimo de los militantes la idea de la necesidad de perfeccionar la instrucción individual, de adquirir una educación político-social, habituándose a una vida colectiva y regida democráticamente, y de despertar los sentimientos de fraternidad y solidaridad humanas. Y en todas partes, los trabajadores se han impuesto el deber de realizar, en sus organizaciones y en sus intervenciones en la vida pública, esta labor educativa junto con el aprendizaje necesario para poder regir la sociedad en beneficio de todos, para progresar todo lo rápidamente que las adquisiciones científicas permitan y para administrar en socialista los intereses colectivos" (PLÁ y ARMENGOL: 1926, pp. 51-52).

La misión del socialismo español consistió en hacer salir al obrero del fatalismo inconsciente para insertarlo en el camino preescrito del progreso consciente: inculcar al trabajador la idea soberana de que su situación de desigualdad tiene remedio y que éste debe ser obra de su esfuerzo, de su inteligencia, de su actividad, de su predisposición educativa:

"Difundir la cultura, he aquí lo primero. Si todos los españoles poseyéramos la educación conveniente, el problema social estaría resuelto. Hay que emprender un verdadero apostolado; es menester ir a los pueblos, a los centros fabriles y agrícolas, a predicar y a enseñar a todo el mundo: a los obreros y braceros, nociones de leyes cósmicas, de las leyes físicas, de las leyes biológicas, de las leyes económicas y sociales, para despertar en su alma la estima del saber, el sentimiento de la dignidad personal, del respeto a la ley, y persuadirles de que, en las reclamaciones de sus

derechos, debe dejar siempre a salvo la libertad" (SALES FERRÉ: 1902, pág. 21).

La emancipación de todos será el resultado de la suma acumulada del progreso de cada uno: "En una mejor educación o capacitación de los individuos, radica la capacidad colectiva de las sociedades políticas para el mejoramiento sucesivo del orden moral, económico y de ciudadanía" (VVAA.: 1931, pág. 21).

A cada obrero se le da como programa tutelado un trabajo educativo *sobre sí mismo*, sobre su saber, sobre sus emociones, sobre su actividad familiar y sobre el control de sus pasiones, pero que no constituye un ejercicio de soledad sino que se convierte en una verdadera *práctica social* (cf. FOUCAULT: 1987, pág. 51), en el sentido de que, por un lado, toma cierta forma institucionalizada, en comunidad y, por otro lado, la existencia de ejercicios comunes que permiten recibir la ayuda moral de los demás. Esto que decimos puede observarse --y aunque este no sea el objeto principal de nuestro análisis ya que haría falta contraponer los ámbitos muy distintos de sociabilidad anarquista -- en los polos asociativos de las clases populares aunque tutelados moralmente por el socialismo: los coros, orfeones, agrupaciones políticas, casas del pueblo, etc., son la escuela a donde vienen a sentarse para ser instruidos, elevados individualmente a su propia altura colectiva, los hombres y mujeres de un pueblo liberado de la explotación que será en un futuro no muy lejano. En esos centros organizativos, se suavizan las costumbres y se adquieren los hábitos de sociedad; también hallan los obreros el camino por el que exteriorizar lo que se considera como innato en el ser humano, el sentimiento, ya sea por medio del canto, de la lectura de la novela popular o por entregas, por las recomendaciones escuchadas en una conferencia sobre higiene popular o alcoholismo que se instituyen como

coloquios morales que estimulan o amonestan conductas; guiados así por una necesidad pedagógica de mantener, en el tiempo más o menos infinito de una educación, la llama de la esperanza en un futuro mejor. Las lecciones que uno toma para sí mismo, en esa especie de "cultivo de sí" (op. cit., pág. 43), dan lugar, en pocas palabras, a relaciones interindividuales, a intercambios y comunicaciones y a veces, incluso, a instituciones, más o menos limitadas más o menos duraderas en el tiempo, y, finalmente, a cierto modo de conocimiento y elaboración de un saber --cuyo análisis también escapa de los objetivos de estudio que intentamos abordar en este apartado.

Hay una convicción profunda en la urgencia de una emancipación moralmente tutelada y es la de que el hombre actúa en la vida de acuerdo con la educación que ha recibido y de la influencia que ésta ha ejercido sobre su espíritu. Es decir, el hombre actuaría siguiendo las reglas y los impulsos correspondientes a su grado de cultura intelectual y sentimental y a la orientación de esa cultura respecto a los problemas fundamentales del individuo y de la sociedad. La ignorancia aparece en este momento de la historia no tanto como una perturbación del juicio que como una alteración de la forma de actuar, de querer, de sentir las pasiones, de adoptar decisiones y de ser libre, es decir, ya no se inscribe tanto en el eje verdad-errore-conciencia cuanto en el eje pasión-voluntad-libertad. Al lado de una educación extensiva al conjunto de la clase trabajadora --contra más gente educada mayores serán los éxitos emancipatorios -- encontramos una técnica educativa de carácter *intensivo*, cuya especificidad propia consiste en permitir a los individuos por cuenta propia o con ayuda de otros efectuar operaciones en sus propios cuerpos, en sus almas, en sus conductas y ello de tal modo que los *transforme* a sí mismos, los modifique con el objetivo de alcanzar un

desarrollo completo y armónico de las facultades físicas e intelectuales necesarias para la emancipación: concretamente, se trata de alcanzar una *autorregulación* de la conducta. La salida, el abandono de los manantiales de la miseria y la ignorancia humana será posible lograrla precisamente sólo por la conducta de aquellos que habrán sabido arrancarse de la esfera del no reconocimiento, de una relegación a la oscuridad del no saber, que han sabido, por su propio esfuerzo, vislumbrar la luz. Ver la luz es *autorreconocerse* como portador privilegiado de una claridad: la *emancipación* (RANCIÈRE: 1988). Un obrero emancipado *no* es tan solo un obrero cualificado. El obrero cualificado es simplemente un obrero cuyo pensamiento sigue la mano, cuya visión del mundo refleja su práctica profesional. Por el contrario, un obrero emancipado es un obrero que ha descubierto que él no es sólo un ser de trabajo y necesidad, no sólo una fracción de una masa considerada por su número y su peso, sino un ser *intelectual*, un individuo que reflexiona sobre lo que hace y comunica a otros esa reflexión. El obrero emancipado es aquel individuo que ha sido *rehabilitado* intelectualmente y consuma el acto de apropiación de la palabra que él antes ha escuchado para después ser capaz de decirla a los otros, a aquellos que están dispuestos ha escucharle.

"(El Partido Socialista) ha educado y no cesará de educar. Haciéndose cargo de que no le basta conquistar hombres a sus ideas, sino que esos hombres deben ser, en lo que cabe, inteligentes, formales, abnegados, probos y firmes para que defiendan bien a aquéllos, se ha cuidado y se cuida de instruir a sus afiliados, de separar del vicio a los aficionados a él, de imbuirles el respeto a los demás hombres, cualesquiera que sean sus ideales, de inculcarles los sentimientos de solidaridad para con todos los suyos y de hacerles comprender que individuos que no tienen voluntad para cumplir su palabra no son dignos de formar parte de una

organización seria" (IGLESIAS: 1905, pp. 117-118).

La comunicación del obrero emancipado puede tomar varias formas a veces combinadas: propaganda política, escritura poética, predicación apostólica, ciencia social, invención de máquinas y de procedimientos productivos, medicina paralela..., como sentido de su rehabilitación y es de esa capacidad de comunicación que sale de la oscuridad anónima, adquiere un nombre, reconoce en sí mismo el signo de una inteligencia que puede medirse con los que están por encima de él. Asimismo, el obrero emancipado es aquel hombre que toma conciencia de lo que hace y sus posibles consecuencias negativas para la clase a la que pertenece dentro del orden capitalista, que reconoce la la identidad de su poder intelectual en la diversidad de sus manifestaciones y se compromete, en la igualdad alcanzada en las inteligencias, a una interminable labor de verificación de dicha igualdad en el trabajo en común, eso sí, *para la sociedad y su progreso* (RANCIÈRE: 1987).

La aparición de un autoreconocimiento intelectual del hombre trabajador, antes que un signo de la emergencia de un desplazamiento histórico emancipador, nosotros lo percibimos como la evidencia de la puesta en marcha de una nueva forma de *gobernabilidad moral* --en contacto entre una forma de dominación global de los individuos y las referidas a uno mismo -- que no queda concretada únicamente en los requerimientos de justicia social sino también en las nuevas formas de una cultura popular. La "paz social" debe asentarse en la satisfacción interior de cada uno de los individuos. Y para que sea completa, es decir, para que llegue a producirse como un estado de espíritu, es preciso que el hombre trabajador comprenda y se haga cargo de las razones y orígenes de esa paz social y se conforme racionalmente con lo dado, con el imperativo categórico de la

realidad, tratando los problemas sociales, nacionales o internacionales como un ciudadano común y responsabilizado, como hombre de ciencia, tal como él mismo debe reconocer. Por esta razón, el obrero emancipado no es en primer lugar alguien que milita por una causa; antes que nada es alguien que cambia su manera de ser, que opera en sí mismo una *estilización* de la conducta. Honrado, noble, generoso, formal, entero y, sobretodo, pacífico, son las exigencias de carácter para el nacimiento de un nuevo obrero cuya fuerza moral será tutelada por las técnicas emancipatorias. Así lo había entendido ya en 1870 un obrero llamado Juan Simón y que encarna --en esa forma peculiar de comunicar a otros obreros las propias reflexiones intelectuales -- la figura del obrero emancipado:

"Y si para salir de la miseria y del embrutecimiento, se nos aconseja la lucha armada y sangrienta contra nuestros opresores, debemos desechar aquellos consejos, debemos repeler aquellas ideas como falsas, nacidas de entendimientos mal avenidos con nuestros intereses. Debemos luchar, si, pero nuestra lucha, a la par que constante, ha de ser apacible; nada de violencia, nada de crueldad; nuestras armas, nuestros instrumentos de guerra han de ser las herramientas del trabajo; nuestra táctica, nuestra estrategia, la federación, la fraternidad y, sobretodo, nuestra constancia en educarnos en la política social, para que podamos hacer un buen uso de nuestros derechos y podamos cumplir nuestros deberes con la familia y la sociedad" (pág. 19)

Cabe destacar, en este sentido, la ausencia en España de un auténtico análisis marxista de la problemática educativa por parte del Partido Socialista. En la concepción educativa del socialismo español, la presencia de los principios educativos de carácter marxista desarrollados en el movimiento obrero durante la I y la II Internacional es muy marginal. Por el

contrario, como afirma, Jorge Rodríguez Guerra (1986), a principios del siglo XX, el ideario educativo del PSOE tiene sus fundamentos esenciales en otras corrientes pedagógicas ajenas al movimiento obrero, especialmente en la Institución Libre de Enseñanza y difundidas, básicamente, por la pequeña burguesía ilustrada. Esta concepción de una educación progresista hace referencia a una "educación integral", una educación que tienda 1) al desarrollo espiritual del hombre cultivando su inteligencia, sensibilidad y voluntad; 2) al desarrollo físico del mismo mediante el cultivo del cuerpo y; 3) todo ello en el marco del racionalismo armónico propuesto por la ILE: alimentar y ejercitar todos los órganos, tanto físicos como psíquicos, del hombre con integridad, proporción y armonía en su conjunto y conforme a los postulados de una nueva ciencia pedagógica que descubre un nuevo humanismo, el humanismo del "hombre moderno". Se aprende a ser hombres ya que se trata de formar toda una conducta humana, de orientarla de acuerdo con el espíritu de la sociedad moderna a partir de una extrema atención puesta en todos los detalles, aún los más insignificantes, de la existencia (cf. TURIN: 1967, pp. 56 y ss.).

Mediante la educación emancipatoria, el obrero actúa moralmente sobre *sí mismo* como operación *rectificadora* de la conducta --construcción y modificación de uno mismo-- por lo cual aquélla pasa a ser de objetivo de una conquista del movimiento obrero a un instrumento de sumisión al tutelaje moral de la burguesía. Podríamos dar varios ejemplos, en opinión de la época, sobre el encauzar y ordenar la formación de las gentes mediante la transmisión de una "verdad social" y la tutela de una "moral universal" centrada en este aspecto concerniente a las operaciones efectuadas por el individuo sobre el propio cuerpo, el alma, el pensamiento, el comportamiento en general, a efectos de transformar definitivamente la conducta del hombre miserable e inculto que

engendra rebeldías airadas y odios amenazantes. "En los mítines, en los periódicos, de todas partes donde se hallan propagandistas del Socialismo, no se circunscriben éstos a exponer las ideas del Partido y la táctica del mismo, sino a recordar la lectura, a condenar la taberna, el juego y las malas costumbres; a pedir que en el hogar, en el taller, en la Agrupación o en la Sociedad se cumpla bien, y a encarecer el respeto a todos los hombres" (IGLESIAS: 1905, pág. 118). Desde esta óptica de la actividad que dirige las conciencias de los obreros, es decir, en el orden de una educación de adultos, la práctica sobre uno mismo implica no solamente que el individuo se constituye ante sus propios ojos como un ser imperfecto, ignorante y que debe ser corregido, formado e instruido, sino también como individuo carente que sufre de ciertos "males" y debe hacerlos cuidar (cf. LARROSA: 1995, pág. 265 y ss.); si no es posible por él mismo que sea por alguien que tenga la competencia para ello. Manuel Cordero, republicano y socialista que estuvo al frente de la Tenencia de Alcaldía del popular distrito la Latina de Madrid, diagnostica en la masa de obreros la afección de una enfermedad del espíritu de la que, por supuesto, hay que estar prevenidos: "Nosotros tenemos el deber de recibirlos y ayudarles; pero viviendo advertidos del peligro que encierra para la seriedad de nuestras organizaciones el estado moral e intelectual de estas nuevas fuerzas...". "Esta fuerza es muy insegura, muy fluctuante, porque obedece a la sugestión que los hechos producen en su ánimo y no a un estado de conciencia firme" (1932: pp. 329-330). La educación trata de convertir a una colección de individualidades, que todavía no han accedido a la facultad que es posible ejercer colectivamente, en una *agrupación* de hombres emancipados, capaces de confianza mútua y de *disciplina colectiva* en la medida misma de su emancipación individual. Así sigue diciendo M. Cordero:

"Hay que educar y disciplinar en socialista a estas nuevas masas que vienen a nosotros". "Por eso consideramos indispensable que los organismos de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista, lo mismo los nacionales que los regionales y locales, se propongan de educar y encauzar esta nueva fuerza que viene hacia nosotros". "Hay que convencerlos de que todos los avances en beneficio de la organización social serán una consecuencia natural de su estado de comprensión de las nuevas realidades políticas y sociales y de su propio esfuerzo. La emancipación del trabajador ha de ser obra del mismo trabajador. Conviene persuadir a la masa obrera de que ninguna revolución irá más allá en sus realizaciones de lo que consienta el estado de cultura medio del pueblo" (pp. 330-331).

La clase obrera será *refundada* en un pueblo diferente y esta refundación debe ser obra de la instrucción pública. La tutela moral de la clase emancipada va a significar, en definitiva, que, en el proceso educativo en la que es refundada es necesario coordinar los movimientos de la masa, regular sus pensamientos, modelar sus sentimientos y presidir todas sus acciones a fin de conseguir unos comportamientos pacificados para la futura acción política. Fernando de los Ríos lo expresa muy sintéticamente, como el balance del resultado de una operación sobre las conductas, en un discurso pronunciado el día de la inauguración del curso académico de 1917-1918 en la Universidad de Granada:

"La libertad en el orden moral se equipara a su autonomía, y equivale a decir, que este mundo de pasiones horrosoas, de apetitos apremiantes, de codicias soeces y ansias bellacas, ha logrado ser sometido, disciplinado, reducido a una inquietud que estimula la voluntad pero no la impulsa en una dirección que la haga desviar del bien, sino por el

contrario la encamina hacia éste como su única y adecuada morada. No es la libertad, así entendida, formal enemiga de la vida pasional; ama a ésta reconociendo a ella la razón psicológica de su existencia, pero es ella la ley del querer, el principio que va a hacer posible que los deseos no se desvíen del punto ideal en que se deben orientar: el bien" (1917, pp. 9-10).

El proyecto de reforma de las clases populares en España es pensado desde una minoría intelectual selecta pero en el que hay que reconocer una gran mediación política que, independientemente del referente partidario, asume un *sesgo pedagógico* importante. La Liga de Educación Política promocionada por Ortega y Gasset sería un claro exponente de esto que estamos diciendo (cf. 1969, pp. 247 y ss.). Así, las clases populares se entregan a la pasión por una educación sin otro remedio para poner fin a sus males. Frente a la política, la asociación obrera será el arte de unir y hacer felices a los individuos y donde es posible hacer presente al pueblo y desarrollar su educación. Y es sin duda entre la inmediatez de la adhesión de las propias clases populares y el porvenir certero de una civilización de los trabajadores que se perfila una nueva e infinita distancia en la que queda instalado otro personaje en el ejercicio del poder. No ya el hombre de la política, sujeto de captación y división, sino el educador armado de la omnipotencia congregante de la *verdad* (COLLI: 1991, pág. 126) que hará imprescindible la cultura, es decir, la educación de todo el pueblo civil --todas las clases -- con el que se conecta, y del cual es posible una civilización capitalista; la cultura como aquello mediante lo cual una sociedad se hace *civil*...

Notas

- (1) En opinión de Carlos Serrano (1989, pág. 28), hay una obsesión de mimetismo en la voluntad cultural obrera. En una opinión semejante a la de Jacques Rancière (1981, pág.

11 y ss.), cree que deberíamos interrogarnos acerca del sentido que conviene dar, metodológicamente, a la idea de que el mundo obrero ha reivindicado un nuevo universo cultural propio cuando en realidad todo muestra que trata de apoderarse del entorno cultural del momento.

(3) Sobre esta cuestión puede consultarse el amplio apartado de artículos que bajo el epígrafe "Escuelas y educación popular" integra el monográfico publicado conjuntamente por las publicaciones *Analecta Calasanctiana* y *Revista de Ciencias de la Educación*, 1997, Madrid, pp. 265-368.

BIBLIOGRAFÍA DE LA ÉPOCA

- CORDERO, M. (1932) *Los socialistas y la revolución*. Madrid.
- GARRIDO, F. (1855) *La República democrática federal universal*. Madrid.
- IGLESIAS, P. (1905) "Educación socialista" en rev. *Sistema* nº 11, Madrid, pp. 117-119. (Edición de 1975).
- LABRA, R. M. (1917) *El estado Moral de España y la acción del Ateneo de Madrid y de las Sociedades Económicas de Amigos del País*. Madrid.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1969) *Obras completas*. T. X. Espasa-Calpe. Madrid.
- PLÁ Y ARMENGOL, R. (1926) *El socialismo en Cataluña*. Barcelona.
- RÍOS Y URRUTI, F. de los (1917) *Discurso leído en la solemne Inaguración del Curso Académico de 1917-1918*. Granada.
- SALES FERRÉ, M. (1902) *Función del socialismo en la transformación actual de las naciones*. Madrid.
- SIMÓN, J. (1870) *El nuevo socialismo o la redención del trabajador*. Barcelona.
- VVAA. (1931) *Ponències que han d'esser objecte de deliberació a la Conferència d'Esquerres Catalanes*. Barcelona.

BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA

- COLLI, G. (1991) *El libro de nuestra crisis*. Paidós. Barcelona.
- FOUCAULT, M. (1987) *La inquietud de sí. Historia de la sexualidad*. Vol. III. Editorial siglo XXI. Madrid.
- GUEREÑA, J.-L. (1990) "Scolarisation et demande populaire d'éducation" en Guereña, J.-L. et al. *Materiaux pour une histoire de la scolarisation en Espagne et en Amérique Latine (XVIIIe-XXe siècles)*. PUT/CIREMIA. Tours, pp. 3-34.
- LARROSA, J. (1995) "Tecnologías del yo y educación. (Notas sobre la construcción y la mediación pedagógica de la experiencia de sí)" en Larrosa, J. (ed.). *Escuela, poder, subjetivación*. Ediciones de la Piqueta. Madrid, pp. 259-329.
- LIDA, C. E. (1997) "¿Qué son las clases populares? Los modelos europeos frente al caso español en el siglo XIX" en rev. *Historia Social* nº 27, València, pp. 3-21.
- MAINER, J. C. (1988) *La Doma de la quimera. Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España*. Universitat Autònoma de Barcelona/Escola Universitària de traductors i intèrprets. Barcelona.
- MONES, J. (1985) "Enseñanza técnica profesional y desarrollo socio-económico. El caso de la Junta de Comercio de Barcelona (1769-1851)" en rev. *Historia de la Educación* nº 4, Salamanca, pp. 241-271.
- (1987) *L'obra educativa de la Junta de Comerç (1769-1851)*. COCINB. Barcelona.
- PEREIRA, F. y SOUSA, J. (1990) "El origen de las Escuelas de Artes y Oficios en Galicia. El caso compostelano" en rev. *Historia de la Educación* nº 9, Salamanca, pp. 219-232.
- PIQUERAS ARENAS, J. A. (1990) "Educación popular y proceso revolucionario español" en VVAA. *Clases populares, cultura, educación. Siglos XIX y XX*. Casa Velázquez/UNED, Madrid, pp. 77-95.

RALLE, M. (1989) "La sociabilidad obrera en la sociedad de la *Restauración* (1875-1910)" en rev. *Estudios de Historia Social* nº 50/51, Madrid, pp. 161-199.

RANCIÈRE, J. (1981) *La nuit des prolétaires. Archives de rêve ouvrier*. Fayard. París.

(1987) *Le Maître ignorant*. Fayard.

París.

(1988) "La escena revolucionaria y el obrero emancipado (1830-1848)" en rev. *Historia Social* nº 2, València, pp. 3-18.

RODRÍGUEZ GUERRA, J. "Concepto y naturaleza de la educación en el PSOE a principios de siglo" en rev. *Historia de la Educación* nº 5, Salamanca, pp. 351-358.

SERRANO, C. (1989) "Cultura popular/cultura obrera en España alrededor de 1900" en rev. *Historia Social* nº 4, València, pp. 21-31.

TURIN, Y. (1967) *La educación y la escuela en España de 1974 a 1902. Liberalismo y tradición*. Aguilar. Madrid.